

A la luz del candilillo colgado de la pared de la estancia, se encontraba mi madre, desojándose para zurcir con esmero las ropillas que gastábamos. Nosotros permanecíamos quietos, mirándola con admiración y como queriendo aprender.

Éramos sus hijos, Victoria, José, Ana y yo, unos chiquillos que nos habíamos hecho mayores muy rápido por las circunstancias. Mi madre Ana, viuda de la posguerra nos daba las indicaciones para que no abriéramos la puerta a nadie, pues eran años difíciles donde había mucho maleante. Nos quedamos solos pero unos hermanos a otros nos arropábamos e intentábamos no tener miedo. Ella iba con mi tía a ganarse unas perrillas con el estraperlo, comerciaba con trigo, cebada, harina, café... y nosotros nos quedábamos de cuerpo casa deseando que se abriera la puertuca de madera para abrazarla. Cuando volvía no había tiempo para caricias predispuesta se ponía a cocinarnos unas torticas de harina en la losa de la chimenea. ¡Qué ricas están madre!.

Y ella como si de un juego guisa de carne se tratara se ponía tan contenta por poder ofrecérselas. ¡Otros corrían menos suerte, pasaban hambre!. Esa noche no fue distinta, mi madre marchó y nosotros solos quedamos. De pronto oímos unas voces, empezamos a asustarnos, mi hermano que era muy bueno tuvo la idea de que nos metiéramos debajo de la cama, por cierto, que era allí donde dormíamos los cinco. Escondidos en silencio volvimos a oír las voces, poniendo el oído muy fino conseguimos distinguir lo que decían: ¡Qué viene el pijo verde! ¡Qué viene el pijo verde!.

Yo, que no media más de tres palmos, me acurruque todo lo que pude pues ya a mi corta edad sabía que aquellas voces se referían a aquel hombre gordinflón al que llamaban “el pijo verde”. Este mote le venía porque de las costuras de su mugrienta y sudada camisa, ya de color verde, los pijos negreaban entre los hilos de algodón de las costuras, ¡se podían ver con claridad!. A los chiquillos nos daba terror encontrarnos con el desafortunado hombre, ya que de oficio tenía cortar el pelo al cero a todo aquel que se cruzaba en su camino. Como ya dije, eran tiempos difíciles en los que la higiene era poco importante, había otras prioridades, ¡llenar la panza!. Poco a poco las voces de la chiquillería dejaron de escucharse, pero nuestros corazones aún seguían acelerados.

Ya pasado un rato, nos hicimos los valientes, salimos de nuestro escondite, nos subimos a la cama y nos abrazamos con aquellos abrazos limpios de los que no han cometido pecados. Esperamos en silencio, aunque mi hermana Ana que era la más traviesa siempre conseguía que nos riéramos un rato. Entrada el alba, la llave de la desvencijada puertuca sonaba y aparecía mi madre. Nos contaba el miedo que había pasado durante el trayecto por la Carreterilla Vieja hasta la calle Valencia pensando en el que los civiles se encontraban al acecho y podía llevarse unos palos. Sacaba del bolsillo de su mandil un higo seco, que nos daba a cada uno como premio a nuestra valentía.

Transcurrían nuestros días con sus noches, siempre intentando ser valientes hasta que ya fuimos un poquillo más grandes y entonces, cada uno comenzó a tener obligaciones. Dar agua a las bestias de las cuadras de la vecindad, recoger los huevos del gallinero, ir a llenar los cántaros a la fuente del paseo... y a mí me mandaban con nuestra querida vecina para que le fregara los platos. Tan chica era que tenía que subirme a un celemín para poder llegar al fregadero, a veces me ponían a pelar ajos pero sin cuchillo, ¡con las uñas! por miedo a que me cortara un dedo. Todo por un pedazo de pan, por unos huevos, por un trozo de queso rojo añejo, todo porque las tripas esa noche no sonaran. Así pasó mi infancia, dura, difícil, pero

todo aquello me hizo ser fuerte, resuelta,, trabajadora, y como no, buena economista que aunque no tuve la opción de ir a la escuela ¡no hay quien me haya engañado!

¡Otra cosa es, que yo, haya hecho creer que me dejaba engañar!

Dedicado a la constancia de una mujer irrepetible, mi abuela.

Sabiote, 2023